

LA VERDADERA VACUNA

Morir preparados, eso es lo que necesitamos

ECCLESIA

18_03_2020



**Benedetta
Frigerio**



Mientras se discute si es correcto o no excluir al pueblo de los fieles católicos de participar en el Sacrificio Eucarístico; mientras algunos religiosos, sacerdotes y obispos se preparan para hacer compañía a los fieles a través de las redes sociales; mientras circulan vídeos sobre el significado del castigo (¿Dios castiga o no?) o sobre el miedo; o vídeos con diferentes reflexiones teológicas; mientras que se afirma que hoy en día

seguimos recibiendo la Comunión aunque de otra forma (y esperemos que de tanto decirlo no nos acostumbremos a pensar que recibir o no recibir el Cuerpo de Cristo es lo mismo o que la Misa en la televisión y la real no son tan diferentes después de todo); mientras cada uno envía su mensaje; mientras se invita a la gente a quedarse en casa por prudencia, y porque la Iglesia está justamente también interesada en la salud del cuerpo, surge una pregunta espontánea: ¿Pero no es la salud del alma lo que la Iglesia debe cuidar más que nada?

Las personas están encerradas en sus casas y el riesgo es que, siendo cada vez más dependientes y conocedoras de las nuevas tecnologías, usándolas cada vez más y sustituyéndolas por un contacto real (no será fácil volver atrás), pasen el día entre dos actitudes: el pánico debido al bombardeo mediático de las muertes de Covid-19 y la evasión del pensamiento de la muerte también a través de vídeos y de mensajes de todo tipo (sms, Facebook, Whatsapp) que, tratando de hacer creer a la gente que “todo saldrá bien”, suponen un riesgo para nosotros, que corremos el peligro de evadirnos. De hecho, pensando en la dramática realidad en la que estamos inmersos, ninguna de estas dos posiciones es adecuada. Ninguno de ellas nos ayuda realmente a enfrentar la crisis. La Iglesia, de hecho, que nunca ha sido ni pesimista (*u os encerráis en la casa o morís todos*) ni optimista (*si os quedáis en la casa no moriréis*) está llamada más que nunca a ser realista. Es decir, a ayudar a todos a mirar el hecho de la muerte y prepararse para ella.

El realismo, de hecho, ayuda a ayudar. Pensando, por ejemplo, en las muertes de estos días, para las que algunos hospitales carecen incluso de las bolsas en las que envolver los cuerpos (esto no es así en todas partes, quede claro), da más miedo que la gente pierda su vida sin el consuelo de sus seres queridos y especialmente sin los sacramentos (dicen que hay una falta de dispositivos de seguridad para dejar entrar a los sacerdotes en las salas de cuidados intensivos) o los funerales que la muerte misma. Cabe preguntarse cómo puede la Iglesia tratar la situación desde el punto de vista de estas almas, ya que pensar en la salud pública es tarea del Estado. Tal vez ayudando a los médicos y enfermeras a entender qué tipo de apoyo espiritual pueden dar a los enfermos, o recordando a los que temen la muerte lo que Jesús le dijo a Marta: “El que cree en mí, aunque muera, vivirá; en efecto, el que vive y cree en mí no morirá nunca”. Por lo tanto, además de intentar posponer la muerte, un cristiano debe preocuparse (sobre todo si es él o alguien cercano a él) de llegar preparado a ese momento que nos asusta pero que acaba tocándonos a todos.

Se oye decir, incluso entre los creyentes, que las personas que piden que vuelvan a

celebrarse las misas, los que van a la iglesia o adorar al Santísimo, tal vez buscando un sacerdote al que pedir la confesión y la Eucaristía (con las precauciones necesarias, como distancias de seguridad o mascarillas) son egoístas. Se dice que la caridad cristiana se practica ahora en casa para mantener a salvo a nuestros seres queridos (aunque las iglesias están abiertas y el Estado sólo haya prohibido las reuniones). Y sin embargo, pensando precisamente en las personas que corren más peligro, para ellas y para nosotros lo que más debemos temer en este momento no es la muerte (que puede o no tocarnos ahora mismo, pero que nos tocará a todos tarde o temprano), sino irnos de este mundo aterrorizados.

Mientras que por un lado se intenta proteger a las personas más frágiles, evitando demasiadas visitas, aconsejándoles que salgan a pasear pero por su cuenta (lo que es bueno para el estado de ánimo y por tanto para el sistema inmunológico), que vayan a la iglesia, que lleven mascarillas, que se laven las manos y que –en resumen- vivan, porque se puede reducir el riesgo de muerte pero no eliminarlo (vivir es ir hacia la muerte), al mismo tiempo es lógico desear que haya alguien que los prepare. Que puedan hablar, tal vez sentados en los bancos de la iglesia (algunos están completamente abandonados), con sacerdotes que estén dispuestos a confesarlos (repetimos para no ser malinterpretados: a un metro de distancia), a mostrarles el rostro del Padre, a invitarles a perdonar las injusticias que han sufrido, a reconciliarse con Dios y con los hombres, o a darles la Comunión. También porque las medidas tan estrictas impuestas por el Gobierno sólo alimentan el miedo y la sospecha, sino también la tensión entre la gente (es emblemático que se hable de altruismo en la protección de los ancianos, mientras que ya hay quien ha denunciado a algunos de ellos porque se han parado a charlar).

Necesitamos, como ha escrito Costanza Miriano, ser llamados más que nunca a los sacramentos y a los Novísimos, al sentido del sufrimiento. A la misericordia de Dios, al arrepentimiento de los pecados, a cómo murieron los santos. Ahora más que nunca la muerte no puede convertirse en un tabú para la Iglesia. Necesitamos oír hablar de la muerte y de la esperanza de la vida eterna. A este respecto me acuerdo de lo que el doctor de Chiara Corbella cuenta de esta Sierva de Dios poco antes de morir: “En esa misa celebrada a la una de la mañana comulgamos... En ese momento la escuché decir: ‘Ahhhh... ¡Ahora también puedo vomitar!’. Yo, que estaba más preocupado que todos los demás por este vómito, lo entendí. El verdadero médico había llegado: Chiara había comulgado. El médico de Chiara era sólo uno, era Nuestro Señor. Eso es todo lo que ella quería. ‘Ahhhh... Ahora puedo vomitar, puedo toser, puedo morir... No me importa nada’”. Chiara murió recordándonos a todos que terminaremos igual. Y lo hizo porque,

gracias a la constante compañía de un fraile que nunca le mintió sobre la posibilidad de su muerte, quería decirnos que se puede ascender al cielo así, en paz con el hecho de irse con Dios.

¿No es eso lo que anhelamos, en lugar de huir de la muerte? Si todos los muertos por coronavirus se hubieran preparado para morir así, ¿no tendríamos todos menos miedo a la muerte en estos días? ¿O estaríamos incluso dispuestos a arriesgar un poco más, en lugar de tratar de engañarnos a nosotros mismos pensando que al dejar de vivir hemos escapado de la muerte? ¿No sería esa la verdadera victoria contra el virus? ¿No debería ser éste el único partido que la Iglesia, hoy más que nunca, puede jugar y ganar en un momento tan grave que incluso el hombre está dispuesto a escuchar?